

Galeano o a cualquier otro escritor uruguayo.

Por fortuna, aquí está el fútbol, que todo lo redime. Este es un mundo en el que reina el fútbol, en el que el catorce es un número mágico, pues era el de Johann Cruyff, y no parece que escribiera Maronna sino Maradona, ni Samper, sino el Tino Asprilla.

La edición es cuidada, al principio. Porque ella también evoluciona —o involuciona— y si al final a los autores se les estaba acabando el humor, por lo menos en mi ejemplar parece que a los editores también la tinta.

Para finalizar, es preciso resaltar algo muy importante. *De tripas corazón* es el primer libro de filosofía en el cual se encuentra una respuesta al sentido de la vida. Lo cierto es que los autores encontraron sin quererlo la Respuesta, la Clave, el Meollo, la Revelación, el supremo sentido de la vida que andaban buscando desde el principio del libro, en realidad desde el principio de “todos” los libros, pero, como a veces sucede, no se dieron cuenta y siguieron derecho. Está por ahí, escondida, en la página 159: “La Felicidad sólo se encuentra en los estadios, y no todos los domingos”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Tocando la miseria de los héroes

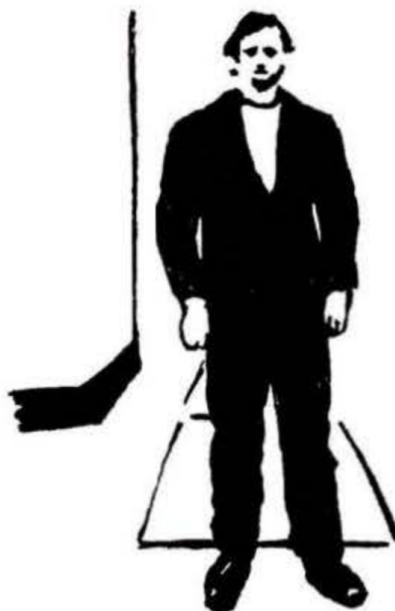
El insondable

Álvaro Pineda Botero

Planeta, Bogotá, 1997, 459 págs.

Me resulta muy difícil encuadrar esta novela de Álvaro Pineda Botero en el marco de las obras literarias dedicadas al Libertador. Me parece que los acercamientos literarios a Bolívar han gozado, en términos generales, de poca fortuna. Y es explicable que así sea. La grandeza de los héroes será siempre tema “litera-

rio”. Así, del panegírico al himno, todos los Aurelios Martínez Mutis que andan por ahí desperdigados, los discursos sempiternos de las academias, las arengas populacheras del congresista, del candidato a la presidencia de la república o del guerrillero. Tocar la miseria de los héroes resulta blasfematorio, más si tenemos en cuenta la pacatería de medios intelectuales dominados por medievales anacronismos y por la casi completa carencia de un aparato crítico de calidad. Apenas si se le permite el acercamiento al mito a otro héroe reconocido entre los *idola forum* —a un García Márquez por ejemplo—, sumergirse en esos pantanos en busca del hombre perdido que nadie quiere hallar en el fondo, no vaya a ser que se desvele que el que se supone es el más grande de todos nosotros nos haga empequeñecer aún más dentro del concierto de las naciones mediocres.



Y si a ello vamos, es notable observar de qué manera el tema Bolívar cambia de algún modo a los escritores. Con el Bolívar de *El general en su laberinto* (1989) se alcanzó, a mi parecer, el punto más bajo en toda la obra de García Márquez, así como con *El último rostro* (1978), uno de los buenos momentos de Mutis, aunque tampoco está mal lo de Germán Espinosa alrededor de Bolívar, esa *Sinfonía desde el nuevo mundo* escrita para convertirse en frustrada serie de televisión y en la cual acaso quiso Espinosa parodiar a sus aborrecidos “escritores comer-

ciales” (léase de nuevo García Márquez, Mutis...) y nos dio un agradable episodio conradiano luego del sopor in-sopor-table de obras como *El signo del pez*.

La ceniza del Libertador (1987) fue el intento de Fernando Cruz Kronfly de darnos a otro Bolívar novelesco. Cruz Kronfly es un escritor que merece más atención de la que se le ha prestado. Culto y refinado, ha dejado una obra coherente y por momentos de gran calidad literaria, aunque no creo que sea tal el caso en su acercamiento a Bolívar, que, en mi opinión, resulta farragoso y confuso.

Andrés Hoyos ha sido el primero que haya conseguido dar una atmósfera diferente y desempolvada a la época bolivariana en *Conviene a los felices permanecer en casa* (1992), aunque no se trate, en estricto sentido, de un libro bolivariano. Pero sí es un estilo que merecería la literatura sobre el Libertador.

Pero el libro que hay que acercar más a éste de Pineda —por el tema si no por el estilo— es, necesariamente, el de Uslar Pietri, *La isla de Robinson*, tan elogiado precisamente por García Márquez y, acaso también, el del venezolano Denzil Romero, que encuentro más pobre y lejano.

Después de tantos libros recientes acerca de Bolívar, cabe preguntarse si es válido seguir ahondando en el tema cuando el propio Libertador confiesa en estas páginas que no ha escrito sus memorias porque ya existen demasiados textos sobre él y sobre su obra. Aun así, Pineda ha dedicado seis años de trabajo en Bogotá, Viena y Londres, a este libro curioso y extraño... Porque el de Pineda es un libro curioso y extraño en varios sentidos. No es que sea experimental o muy posmoderno ni que se extravíe en los meandros de la linealidad del relato. No; de hecho, es bastante lineal en el fondo. Y como no quiero hablar de metacontenidos ni en jerga posmodernista, diré simplemente que es una interesante novela, sí, pero que también es una interesante biografía, acaso un poco libre, pero muy ceñida a los hechos.

Donde los historiadores se detienen, sin saber qué agregar, aparecen los poetas y adivinan, escribió Barbey d'Aurevilly. Pineda se limita a rellenar con su imaginación los espacios vacíos del conocimiento histórico y nos entrega episodios por completo novedosos en la vida de Bolívar, así como innumerables reflexiones propias. ¿Proviene todos estos hechos de la imaginación del novelista? Difícil decirlo, puesto que están afectados de verosimilitud, lo cual, si es fruto de la imaginación, es una virtud del relato. La información de contracarátula sugiere que un famoso baúl de cuero del coronel Anselmo Pineda —supongo que un antepasado del autor— cargado “con los documentos más sorprendentes de la historia de América” no solamente existe sino que ha sido aprovechado por el autor para ahondar en la historia con datos del todo inéditos, de modo que si se trata de poner al alcance público papeles tan importantes, es una manera bien original de hacerlo y estimo que logrará todo lo contrario de lo que se propuso originalmente: esto es, ser tomados en serio.



Pero lo de los papeles, desde luego, podría no ser cierto. Si lo fuera, se trataría de toda una “bomba” en la bibliografía bolivariana. Pero si no lo es, recomiendo a los biógrafos y eruditos darse una pasadita por estas páginas; sin duda saldrán iluminados, cuando no de verdad sorprendidos. Lo cierto es que Pineda

Botero nos regala detalles que me parecen mucho más fundados que los que trae, por ejemplo, la biografía, esa sí eminentemente mentirosa, de don Salvador de Madariaga.

* * *

La obra de Pineda me interesa. Debo repetir una vez más que el novelista en Colombia ha llegado a un grado de madurez notable y que se empiezan a ver los efectos de la educación literaria que ha dejado no sólo el estudio a nivel profesional, sino el oficio pedagógico y la lectura de buenos libros en nuestros escritores. El novelista de hoy tiene conocimientos, no es ya el analfabeto que todavía podía “meter cuento” hace unos veinte años, sino un profesional, cuando no un científico de las letras.

Pero examinemos un poco *El insondable*. A mis ojos se trata de un libro ambivalente. La verdad es que las primeras páginas pueden despedir hasta al lector más abierto... Lo que le pasa, me atrevo a conjeturar y aquí vuelvo a lo ya dicho, es que, como en casi todo lo que se escribe sobre Bolívar, los autores están sujetos por una pesada barrera: la ausencia de un verdadero *plot* novelístico acerca de hechos demasiado conocidos, repetidos y, por si fuera poco, ambientados en una época aburrida. Hitchcock bostezaría durante todos los libros bolivarianos, y es que los lectores de ficción estamos esperando siempre emociones fuertes. No obstante, es mejor no salir corriendo, porque la novela va abriendo sus pétalos a medida que empieza a hablar el autor, desatado de los nudos impuestos por la circunscripción al tema. Algún lector no se podrá recuperar y dirá, en una explicación simplista, que Pineda Botero podrá ser un gran crítico y teórico, pero que le falta alma de novelista. Ésta sería una disculpa fácil, menos para el novelista que para el crítico. Pero el lector que se detenga un poco y analice descubrirá que la grandeza de este libro está en el fondo del cuadro, como en la Gioconda. El espléndido relato de esa época de la juventud del héroe es brillante como pocas veces lo he visto. Lástima es que

Pineda no se hubiera quedado allí, recreándonos esos tiempos sin atadura ninguna hacia la figura central que terminará echando a perder, inevitablemente, la magia. No otra cosa le sucedió a García Márquez cuando Bolívar, el hombre de carne y hueso, se le atravesó en medio de su Macondo, el único que sabe narrar, para aparecer del otro lado del ceceo más maltrecho todavía delante de nuestras miradas de lo que ya estaba.

¿Dónde está, entonces, la falla? La novela utiliza el sistema de los diversos narradores: *José, Simón, El autor*, que se me antoja desafortunado en este caso. Lo primero que me viene a la mente es el procedimiento de Virginia Woolf en *Las olas* y el de Molly Bloom en el desdichado *Ulises* de Joyce, la que para mí es la más grande impostura literaria del siglo XX. Monólogos enfadosos, cuando no entrevistas imaginarias como en Marcel Schwob o en Savage Landor, hacen los primeros capítulos un poco aburridos. De hecho, para no abundar en ejemplos, Carreño en la realidad estaba lejos de ser tan culto como lo presenta la novela y Bolívar sin duda no hablaba como aquí lo escuchamos:



“El saber y el pensar allí muchos lo reputan como delito”, dice el héroe por ahí. “Yo estaba fundando, más que un país, un discurso, una nueva manera de expresar la realidad”, dice en otra parte. Es un Bolívar retórico, que a veces prorrumpie en frases inquietantemente misteriosas: “No hay fundación sin palabras”, dice en la página 61. O ahora es un Bolívar dedicado al arte, “¡esa forma magnífica de mentir!”. Por

desgracia para la comprensión del relato, creo que el autor se apresura a inventarnos a Bolívar como ente de ficción. "Bolívar", como dirá luego, es sólo una expresión, sin mayor contenido real, referencia erudita y manipulable, sí, pero también un soporte a toda esa retórica banal sobre la cual tratamos de hacer pie. Si se trata de un personaje insondable, la novela apenas podrá constatar esa impermeabilidad y dar un par de vueltas sobre ella. Y eso, desde luego, no está prohibido y puede ser incluso un apreciable ejercicio intelectual. Pero por mucho esfuerzo que haga el narrador, el héroe se le morirá, tísico y derrotado, una noche de trópico de 1830.



Una vez desvelada la intención del autor, el relato adquiere sentido. Si lo tomamos entonces como una reflexión sobre nuestra herencia, poco importa en el fondo quién hable dentro de la novela si lo que dice es válido o por lo menos sugerente. Y Pineda empieza a poner dedos en las llagas demasiado a menudo, como cuando dice el héroe que antes que leer y escribir nuestra identidad se han copiado siempre textos extranjeros. Lo que me temo es que esa "copiada" es y ha sido siempre nuestra única identidad, y que en suma no haya otra.

"La adhesión ciega a la escolástica en países como España, Italia y las colonias de América del Sur, ha significado el mayor golpe para el desarrollo de la ciencia entre noso-

tros", dice otro de los personajes (pág. 48). No importa que se trate de un cuento viejo. Eso lo sabemos hace mucho tiempo. Lo concreto es que eso sólo lo manejamos aquellos a quienes nos califican de intelectuales, y no todos los intelectuales. Lo cierto, lo aberrantemente cierto, es que la postura oficial no ha reconocido jamás ese *handicap* adicional. ¿Cómo cambiar, pues, si ni siquiera tenemos la capacidad de reconocer el propio defecto?

Y es en este sentido que el personaje más interesante podría ser el propio José, o acaso Azpeitia, o acaso Uriarte (cuyo retrato es sencillamente magistral) o el a veces misterioso y omnisciente entrevistador de Bolívar que cumple por momentos función de coro griego o de glosador medieval. Y en estas glosas de Pineda, en el paisaje del fondo, en sus anotaciones marginales, está la gracia profunda del relato como cuando a la frase más narcisamente majadera del Libertador, esa de que "los tres más grandes majaderos del mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo", su interlocutor misterioso le responde debidamente:

"—Los dos primeros son entes de ficción".

Desigual, el de Pineda se me antoja libro de zonas diversas, pleno de rincones hermosos. Las páginas sobre la infancia de Bolívar, las dedicadas a las logias, a la estancia en la corte de Carlos IV, ese rey "manso y afeminado" cuya ocupación preferida era "aspirar el perfume de las flores" y, para mi gusto, las dedicadas a la estancia vienesa de los héroes, son espléndidas... Como elemento curioso quiero destacar la narración del encuentro con Beethoven, con ecos de verosimilitud. Es acaso la primera vez que los protagonistas de una novela histórica no terminan siendo íntimos amigos de los grandes hombres de su tiempo. El encuentro con el músico es como debió haber sido: dos desconocidos observan al gran hombre desde lejos, pero todo el relato está iluminado por esos fantasmas, presencias vitales como la de Giulietta Guicciardi, la célebre hacedora de cornudos, o la de Fanny

de Villars, cuya pupila derecha difiere en color de la izquierda. Añado que otro protagonista en esta estampa magistral es Maelzel, amigo de Beethoven e inventor del metrónomo, de quien Pineda nos cuenta alguna sabrosa anécdota. Debo añadir que Maelzel fue también el inventor del famoso autómatas jugador de ajedrez que se enfrentó al propio Napoleón y que mereció un ensayo nada más ni nada menos que de Edgar Allan Poe, para desentrañar su funcionamiento. Lo más sorprendente —lo he encontrado en viejos documentos—, es que Maelzel y su autómatas hicieron una extensa gira mundial y pasaron por la costa atlántica colombiana hacia 1848, hacia la época en la cual Poe se devanaba los sesos imaginando cómo una máquina pudiera jugar tan bien al ajedrez. Todo era, añadido para el lector interesado, una patraña basada en un ingenioso juego de espejos.

* * *

De lo anterior se desprende que esta novela requiere, para su disfrute pleno, de una cultura previa. Personalmente, la he disfrutado, pero me atrevo a sospechar que no ocurrirá lo mismo con el lector inadvertido. El de Pineda Botero no es libro para las grandes masas de lectores. Y bueno, hoy por hoy, casi ninguno lo es. A mí me gustó. No estoy seguro, por el contrario, de si guste a los historiadores, a los críticos de ficción, —cada grupo lo encasillará en el otro— y, sobre todo, a los bolivaristas, como siempre sucede cuando se les toca al héroe fosilizado bajo sus pelucas dieciochescas...



Para resumir, quiero terminar citando el pasaje que considero clave de la novela:

—*A mí me desgastó la espera: ya no existiré como Libertador, ni como autor, ni como realidad. Me extingo y pronto pasaré a la ficción...*

—*Sí, qué extraña condición: vivirás únicamente para ser leído. Tu lector, hombre o mujer, será tu creador.*

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Mutis por el foro: dime qué lees y te diré cómo escribes

Contextos para Maqroll

Álvaro Mutis

(introducción de Ricardo Cano Gaviria)

Montblanc (Tarragona), Igitur/Mito, Ministerio de Cultura de Colombia, 1997, 172 págs.

De lecturas y algo del mundo

Álvaro Mutis

(Santiago Mutis D., comp.)

Seix Barral (Planeta), Los Tres Mundos, Bogotá, 2000, 287 págs.

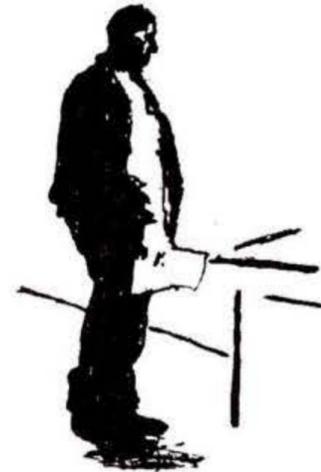
Dos antologías, de pareja pero en el fondo diversa intención, aparecen ahora en el mercado nacional. Ambas suscitan interesantes reflexiones acerca de uno de los más elusivos mundos que animan la obra de un escritor: el de su experiencia de lecturas.

Acaso todavía no seamos del todo conscientes de un fenómeno porque aún no hemos despertado de él: que lo que hemos leído, en todo el mundo, durante los últimos treinta o cuarenta años del siglo XX ha estado iluminado, pero —y esto es lo interesante— a la vez peligrosamente limitado, por la muy sapiente opinión de Jorge Luis Borges. Este curioso fenómeno ya ha sido anotado a nivel

más bien local por lúcidos lectores como Raimundo Lida o Tomás Eloy Martínez; éste último ha deplorado todo el lastre que dejó Borges sobre los jóvenes escritores argentinos. Las lecturas de Borges, aunque él nunca lo habría admitido, eran de un maniqueísmo exacerbado y sus opiniones, escudadas en la barrera de lo muy personal, aunque en extremo ingeniosas e iluminadoras, eran profundamente dogmáticas. Desde muy temprano escogió sus ídolos, sus iconos, que manejó con maestría, y estableció una lista, que en principio no quería ser más que personal y que la fama elevó a universal, de los que se salvaban y de los que se precipitaban a lo más profundo de los infiernos. Borges estableció o reestableció referencias excelentes: el retorno a una literatura fantástica que estaba de capa caída, y a la novela policial inteligente; el alejamiento de la muy sartreana "literatura comprometida", así como de los *best sellers* (a propósito de éstos Álvaro Mutis ha afirmado alguna vez que los *best sellers*, aunque son libros muy malos, a veces están muy bien escritos). Revivieron así y comenzaron a florecer algunas maravillas, desde luego: De Quincey, Wilkie Collins, Buzzatti, Chesterton, buena parte de un Stevenson que se estaba olvidando... Gracias a ese rescate se volvieron a leer autores como Kipling, así buena parte de su obra sea un pesado ladrillo difícil de digerir, o el irregular Marcel Schwob, para citar sólo dos ejemplos notables. Pero lo malo está en los autores que se dejaron de leer: todos los "realistas" o "naturalistas", en bloque, así como los grandes franceses: Balzac, Hugo, Flaubert, Zola, Proust, o los grandes novelistas de lengua alemana: Thomas Mann, Musil, Döblin, Broch..., todos enviados al limbo simplemente porque a Borges no le gustaban o porque se decía incapaz de soportar libros de cierta extensión. Del mismo modo ignoró o fingió ignorar casi toda la literatura de la segunda parte del siglo XX, acudiendo a *boutades* como ésta de declarar que, aunque le había agradado, apenas había alcanzado a leer los primeros cincuenta de los *Cien años de soledad*. Despreció

por completo la ciencia ficción y otros géneros a los que probablemente ya llegará en un futuro su tiempo.

Quizá nunca sabremos cuánto le debe la literatura inglesa del siglo XIX a Borges, en tanto redujo la francesa a nombres como los de Schwob o León Bloy, lo cual es cuando menos una excentricidad de quien está acostumbrado a emitir opiniones originales.



En ese mundo del mercado editorial es aún hoy demasiado evidente ese borgiano maniqueísmo. Y muy pocos, poquísimos, han sabido apartarse de las comunes opiniones asnales de quienes consumen libros, incluso dentro de la esfera de los lectores cultos. Y uno de esos originales que se atreven a mostrar la insularidad de sus ideas y también una vocación deslumbrante de no tragar entero, uno de esos capaces de pensar por sí mismos, ha sido justamente Álvaro Mutis. Y lo ha hecho sin caer tampoco en el extremo de la oposición, en el mundo de esos anti-Borges a los que gusta el Ulises de Joyce sólo porque a Borges no mucho, sino de una manera también hedónica y muy personal y, lo que acaso sea más interesante, como simple lector más que como autor, sin ambiciones de emular a nadie ni de nutrirse con destino a madurar una obra de ficción que en Mutis apenas vendrá a aparecer, como en Daniel Defoe o en Gesualdo Buffalino, al filo de la madurez.

Mutis lee como leen los buenos lectores, atendiendo a las recomendaciones de sus escritores preferidos, para arribar a esa meta de todo lector, a esa "sabiduría y nobleza del corazón conseguidas, no sin un ar-